

Plaza Pública para la edición del 13 de noviembre de 1996
San Juanico de nuevo
por miguel ángel granados chapa

Un trabajador de Pemex y un bombero murieron ayer en un hospital de la empresa petrolera, por las quemaduras sufridas al comenzar el feroz incendio en San Juan Ixhuatepec, que consumió tanta gasolina como la que utilizan en un día todos los vehículos del Distrito Federal. Conocemos sus nombres: José Antonio Ibarra y José Luis Romero. En cambio, ni siquiera sabemos cómo se llamaba la persona abatida a tiros allí mismo por soldados que quisieron impedirle el paso a su casa, quizá confundiéndolo con un saqueador rapaz.

Este mínimo recuento de los daños es apenas una línea en el panorama que en las horas que siguen deberá trazarse como paso inicial para la comprensión de esta nueva tragedia, que no puede minimizarse porque “sólo” ha cobrado tres vidas. Se sabe que la industria petrolera es un actividad intrínsecamente riesgosa, y también lo es el comercio de algunos de sus productos. Pero asombra y asusta que a ritmos periódicos, el noviembre de cada seis años se haya convertido en un momento trágico en San Juan Ixhuatepec. En 1984, 1990 y ahora mismo, estallidos de diverso origen y diferente magnitud han tenido lugar en ese complejo de instalaciones públicas y privadas. Se dirá que precisamente los lapsos transcurridos muestran que se han adoptado medidas que espacian los accidentes. Pero ha de evitarse la aceptación fatalista de esa “normalidad” en la

Se ha llegado a un momento en que es necesario repensar la ciudad desde perspectivas diferentes. La realidad urbana ha cambiado sus parámetros desde los años cuarenta cuando se habló del crecimiento de las ciudades, del incremento de la población y, en consecuencia, de la recepción de emigrantes de procedencia rural. En los años sesenta se señalaban problemas nuevos que se enfatizarían en la siguiente década expresados por movimientos sociales reclamantes de bienes y servicios: vivienda, luz, agua, drenaje, recolección de basura. Surgían así actores con gran capacidad de presión política, la cual hubo de ser enfrentada por las autoridades y por alientos reformistas coincidentes respecto a las necesidades de cambio en las formas de gobierno. La década de los ochenta estuvo marcada por crecientes desigualdades urbanas, xenofóbicas y de movimientos de protesta de los jóvenes de los barrios de los desheredados de las grandes urbes en Europa, en América, en Asia y África.

Los parámetros han cambiado porque ahora vivimos una sociedad de masas y el pueblo al que se referían los griegos cuando hablaban de democracia ya no es más “una comunidad pequeña, estrechamente unida, que actuaba *in situ* como un cuerpo decisorio colectivo”, afirma Giovanni Sartori. “Pero cuanto mayor es la comunidad política, menos puede el concepto de pueblo designar a una comunidad específica, y más connota una ficción jurídica o, en cualquier caso, una construcción considerablemente abstracta. Ya no vivimos en una *polis*, sino en lo que los griegos consideraban su negación: la *Megalópolis*, la ciudad política que ha perdido toda proporción humana”.⁷

Nuevos actores sociales surgieron para expresar las paradojas del desarrollo. La acción individual se desarrolló en el seno de la acción colectiva, diría Carlos Monsiváis. El desorden y la pobreza contrastaron con la concentración industrial; las modernas formas de organización parecían oponerse a las relaciones solidarias con antecedentes en el mundo tradicional; la ciudad de los ricos fue también la ciudad de los pobres; las prácticas urbanas integraron las costumbres procedentes del medio rural; los grandes centros industriales se enfrentaban al crecimiento constante de los vendedores ambulantes; los puestos del comercio informal se convirtieron en parte del paisaje citadino

que de tanto en tanto el alma y los cuerpos se sacuden.

Por eso es preciso establecer las causas del gravísimo percance, que ayer martes cobró sus primeras víctimas si es que en efecto estaba equivocado un comandante de la Cruz Roja que el lunes por la tarde hablaba ya de cuatro muertos cuyos nombres ignoraba. Algo que la sociedad no puede soportar hoy es que a la gravedad de los hechos se agregue el ocultamiento de la verdad. De allí que no se sepa si reír o indignarse ante el disimulo, ingenuo o cínico, con que el periódico *El Nacional*, del gobierno de la República pretendió soslayar el incendio.

Mientras que con razón casi todos los diarios dedicaron ayer sus principales titulares y grandes espacios gráficos a narrar la tragedia, el periódico oficial reservó a la noticia que en la víspera había sobrecoigido a la población entera, un brevísimo anuncio de dos líneas en la primera plana, en que meramente se presenta la “Conferencia de Humberto Lira Mora sobre la explosión en planta de Pemex”. Conforme a la tesis Oñate, según la cual la prensa debe explicar su selección de noticias, quizá *El Nacional* aclare que su parquedad es una muda protesta contra el amarillismo (o anaranjismo o rojismo) de las fotos que mostraron la voracidad de las llamas en San Juanico.

Fue peor, sin embargo, la actitud de agentes de seguridad de Pemex en la planta, que golpearon a los fotoreporteros Eloy y Rodolfo Valtierra, y Daniel de la Paz, a quienes además despojaron de rollos y equipos. Es seguro que la magnitud del desastre haya hecho perder la cabeza a

para eventuales compradores sin acceso a las mercancías exhibidas en los aparadores de cristal de los grandes almacenes.

Pero eso no fue todo, la violencia vinculada inicialmente al mundo rural, sobre todo cuando se piensa en los campesinos latinoamericanos, se trasladó a la ciudad; Bogotá y Cali son casos paradigmáticos, así como Guadalajara en México. En París su población se sintió agredida con la creciente inmigración de los países árabes; las ciudades de Californiano quieren más asiáticos, hubo 849 asesinatos en Chicago sólo en 1980 y en el Harlem neoyorkino los jóvenes negros tienen una probabilidad de morir en forma violenta superior a la de los soldados enviados al frente de guerra en Vietnam. En las ciudades de Estados Unidos cada 92 minutos muere un niño o adolescente por arma de fuego. Los muertos por esa causa fueron más de 60 mil en los últimos diez años; es decir murieron tantos en edad escolar que habrían llenado 205 aulas. Una tendencia desprendida de esos ejemplos es la de los lugares abandonados donde el Estado está ausente: policías, hospitales, escuelas. "Hablar ahora de 'banlieue de problemas' o de 'ghetto' es evocar casi automáticamente, no las 'realidades', ampliamente desconocidas de aquellos que hablan voluntariamente sino de fantasmas, alimentados de experiencias emocionales procedentes de palabras o imágenes más o menos incontroladas como aquellas que transmite la prensa sensacionalista y la propaganda o el rumor político".⁸ Imágenes alimentadas tanto por el cine apocalíptico de los criminales en serie o la ciudad devastada en el futuro, como por los casos televisivos en que los policías ocupan la centralidad de las historias.

Desde luego lo que está en juego son costumbres y rasgos culturales diferentes que violentan las pautas existentes previamente. Por ejemplo, en las escuelas se obliga a cohabitar a niños que todo los separa; el caso de los magrebines en París es muy conocido, inmersos en la tragedia de la imposible comprensión. En México nunca se han estudiado los efectos de las relaciones entre diferentes grupos étnicos, pero ya se ha documentado la intolerancia con el caso de los Testigos de Jehová, cuyos niños no pueden rendir honores a la bandera mexicana en las escuelas.

En fin, en las ciudades convertidas en *megalópolis* ha hecho explosión la

los autores de este atentado, porque su torpe intento de evitar el registro gráfico del acontecimiento es directamente proporcional al descomunal tamaño del incendio, visible a largas distancias.

Hasta que se demuestre lo contrario, prosperará la creencia de que la falta de mantenimiento es causante de la tragedia. El ahorro en esa materia es un grave error. Aun pensando en términos tecnocráticos, es decir sin considerar el valor de la integridad física lastimada y las vidas perdidas, es rentable invertir en la adecuada preservación de materiales y equipos. Allí sí que tiene razón Hacienda: es preferible pagar mantenimiento, no pagar consecuencias.

Hace doce años escribí esta profesía parcialmente fallida: “A partir de ahora, nadie podrá eludir el enfrentamiento organizado, racional, consciente, de los riesgos de la vida urbana. Contra lo que la autodenigración quiere hacernos creer, podemos hacerlo. Es verdad que contra el saneamiento de la vida en la ciudad militan poderosos intereses y que el gobierno no necesariamente está ganoso o preparado para enfrentarlos, y que algunos de esos intereses son del propio gobierno. Pero se ha manifestado una fuerza social en la que sólo pueden dejar de creer quienes ignoran las reservas de la gente común. La ayuda que materialmente llovió sobre la zona de la tragedia no es producto de una falsa conciencia caritativa y por lo tanto melcochera, sino fruto de una disposición de ánimo que el capitalismo salvaje en que vivimos no ha conseguido mudar por completo, pese a las incitaciones frecuentes a que

pluralidad, la heterogeneidad; se han convertido en lugares difíciles de describir y de pensar porque en ellos no se puede encontrar una comunidad de intereses y de proyectos. En el espacio urbano coinciden _muchas veces en oposición_ diversas comunidades que tienden al modelo estadounidense, no necesariamente al de la violencia sino al de la ciudad efímera. Un nuevo centro comercial estructura la articulación de un nuevo condado, barrio o colonia. Los antiguos y maravillosos cascos centrales en prácticamente todas las ciudades antiguas se han convertido en museos que en América Latina son tomados por los herederos de la miseria quizá porque reconocen allí sus orígenes coloniales: Lima, Bogotá, La Paz y México son ejemplos contundentes.

En el Distrito Federal y área conurbada en 1995, vivía un cuarto de la población del país, cinco mil 660 habitantes habitan en un kilómetro cuadrado, el desempleo abierto de la población económicamente activa es de 7.3%, percibe dos o menos salarios mínimos el 63% y se calcula en 13 mil el número de niños de la calle. Solamente en 1995 se detectaron mil 62 casos de cólera y 28 personas murieron por esa enfermedad.⁹

Antes de ofrecer la alternativa política que correspondan hay que repensar las ciudades significa confrontar los modelos existentes: corredores industriales y/o habitacionales, satelización de ciudades en el interior de la gran ciudad, ciudades comerciales, ciudades rurales, ciudades segregadas, ciudades efímeras, ciudades dislocadas; ciudad central, ciudad metropolitana, ciudad-región, como distingue Jordi Borja; o también la ciudad inacabada, la ciudad diurna del trabajo, la ciudad nocturna de la diversión o del dormitorio de los pobres, la ciudad asediada o, como distingue Jorge Enrique Ardoy: la ciudad legal y la ciudad ilegal.

Pero también están *Las ciudades invisibles* de las que habla Italo Calvino porque lo que importa "[...] es descubrir las razones secretas que han llevado a los hombres a vivir en las ciudades, razones que pueden valer más allá de todas las crisis. Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías,

luchemos todos contra todos.”

Pese a los planes de protección civil, fue de nuevo la gente común la que tomó a su cargo la ayuda necesaria, solicitada aun por autoridades que deberían prestarla, sin perjuicio de la responsabilidad civil que a Pemex toca. Porque si bien es cierto que el incendio no ha afectado los bienes de nadie que no sea la propia empresa petrolera, también es verdad que Pemex no puede desentenderse de quienes huyeron de sus domicilios con justificado temor, aunque no hayan resentido daño material alguno.

En 1984, también, Carlos Monsiváis registró el repertorio de chistes generados por la tragedia del 19 de noviembre. Pero no lo hizo para compartirlos y festejarlos, sino para advertir contra su sentido último. “Breves ceremonias de predominio”, los llamó, “sensaciones de prepotencia que depositan el hallazgo cómico en la superioridad manifiesta de quien celebra el chiste”. Evitemos que hoy nos gane la risa.

cajón de sastre

Ya que he vuelto a 1984, descubro que establecí entonces este contraste entre Jesús Silva Herzog y Carlos Salinas: “...qué diferencia entre la madurez del secretario de Hacienda y la falta de serenidad mostrada por el de Programación. Se dirá, con razón, que las preguntas de la diputada panista María Teresa Ortuño eran provocadoras. Pero, precisamente, el secretario de Programación hubiera debido no caer en la provocación y menos incurrir en los excesos calificativos a que llegó. Su división entre

aquella interpretación que supuso un desarrollo lineal de las sociedades.

En los países de América Latina la crisis de los años ochenta se relacionó con planes gubernamentales inspirados en teorías neoliberales, de las cuales la descentralización fue una de las más difundidas. Se marcaba el fin del estado de bienestar y, junto con una más eficiente recaudación impositiva, se repartían las responsabilidades. Se pretendió así disminuir las presiones sociales y buscar la dinamización de la economía con nuevas formas de mediaciones políticas ante el abatimiento de los sistemas corporativos y los cambios en la centralidad de actores sociales que, como el movimiento obrero, la crisis desplazó. Pero ésta no fue sólo de carácter económico porque lo cultural marcó de manera definitiva la década que terminó. Lo local adquirió un rango, se reconoció la diversidad con menos violencia en México que en Bosnia Hersegovina o en la antigua URSS.

Con los años noventa las preocupaciones dejaron de ser solamente sociales para agregar las ciudadanas, como si cada individuo adquiriera conciencia de su multiplicidad de roles. Los movimientos de las mujeres, y no solamente las feministas, hicieron aportes fundamentales. Adquirieron formas de expresión política, de género y como ciudadanas que abrieron el debate contra el acoso y la violencia sexual. La defensa de los derechos humanos se convirtió en una de las principales demandas ciudadanas de este final de siglo, no porque sea exclusiva de lo urbano, sino porque el crecimiento de la delincuencia de toda gran ciudad y el abuso de acciones de autoridad se enfrentan a una sociedad con redes extensas de comunicación, con vínculos formales e informales respondiendo a nuevas formas de organización social.

Los datos sobre la inseguridad para una ciudad como la de México son relevantes para entender esa problemática. Durante 1995 se cometieron 599 ilícitos diariamente, que sumaron 218 mil 599 en ese año. Se registraron 50 asaltos bancarios, 45 secuestros y fueron robados 56 mil 498 vehículos; es decir, 155 por día. En la ciudad, convertida en la versión cotidiana del film *Blade runner*, un millón de capitalinos posee un arma de fuego y cuenta apenas con 70 mil miembros de la policía preventiva.¹³

El énfasis puesto en la democracia y en las aperturas políticas de los regímenes

mexicanos bien nacidos y mal nacidos es inaceptable proviniendo del poder”.

indicaciones para la edición

1) Sumario

Es imprescindible establecer con claridad las causas de la tragedia, y no agravar sus efectos con la sustracción de la verdad o mediante torpes intentos de silenciar su difusión o fingir que no ha pasado nada.

2) Recuadro (con foto de Humberto Lira Mora)

El periódico del gobierno pretendió disminuir la importancia de una tragedia que estaba en el corazón y la boca de todos reservandole apenas dos líneas en su primera plana, con el anuncio de la conferencia de prensa de Humberto Lira Mora, director corporativo de Pemex.

anteriormente autoritarios, permitió la posibilidad de mayor participación ciudadana y una percepción diferente de la esfera gubernamental, así como la formación de organizaciones políticas alejadas de la definición decimonónica de partidos y, en consecuencia, el incremento de movimientos civilistas. Hubo proyectos y planes que involucraron tanto a la sociedad política como a la sociedad civil.

Surgieron formas nuevas de articulación, entre las que destacan los organismos no gubernamentales. Las ONG pusieron el dedo en la llaga para denunciar los excesos del poder; en México sólo para 1992 denunciaron que el 90% de los detenidos en la capital habían sido torturados.¹⁴ Los estados se socializaron, cuando entendieron la participación ciudadana como un medio de socialización de la política generando nuevos espacios para su articulación, y las sociedades se politizaron en un sentido diferente al experimentado hasta entonces. Las demandas sociales rebasaron la problemática de la obra pública para incidir en la organización social que busca la acción de los ciudadanos para lograr mejores niveles de bienestar. La aceptación de medidas para combatir la contaminación y la restitución del equilibrio ecológico, han conciliado los intereses de ciudadanos y autoridades. Lo cual no garantiza sus espacios de autonomía, ni la inercia de la burocratización para dar cauce alas demandas.

Existe una nueva racionalidad que busca la legitimación del campo cultural, la elevación de la calidad de vida, mayor equilibrio entre la sociedad civil y la sociedad política, cambios en el gusto (asistencia a los cines vs. uso de los videos), en las preferencias (por ejemplo, religiosas) y en los símbolos(lo local e internacional). París fue una ciudad transformada para el festejo del bicentenario de la Revolución francesa, mostró el cambio de lo simbólico (los héroes y los lugares tocados por las nuevas expresiones culturales y el cambio de los emplazamientos rituales: la Ópera de la Bastilla) y en los países del Tercer Mundo, "Los valores simbólicos de los poderes coloniales son aun visibles en la arquitectura que sirvió de alojamiento a sus instituciones y a sus más destacados representantes: los palacios de los gobernadores y arzobispos, las iglesias y ayuntamientos, las residencias de los administradores coloniales,

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

San Juanico de nuevo

Es imprescindible establecer con claridad las causas de la tragedia, y no agravar sus efectos con la sustracción de la verdad o mediante torpes intentos de silenciar su difusión o fingir que no ha pasado nada.



UN TRABAJADOR DE PEMEX Y UN BOMBERO MURIERON ayer en un hospital de la empresa petrolera, por las quemaduras sufridas al comenzar el feroz incendio en San Juan Ixhuatepec, que consumió tanta gasolina como la que utilizan en un día todos los vehículos del Distrito Federal. Conocemos sus nombres: José Antonio Ibarra y José Luis Romero. En cambio, ni siquiera sabemos cómo se llamaba la persona abatida a tiros allí mismo por soldados que quisieron impedirle el paso a su casa, quizá confundiendo con un saqueador rapaz.

Este mínimo recuento de los daños es apenas una línea en el panorama que en las horas que siguen deberá trazarse como paso inicial para la comprensión de esta nueva tragedia, que no puede minimizarse porque "sólo" ha cobrado tres vidas. Se sabe que la industria petrolera es una actividad intrínsecamente riesgosa, y también lo es el comercio de algunos de sus productos. Pero asombra y asusta que a ritmos periódicos, el noviembre de cada seis años se haya convertido en un momento trágico en San Juan Ixhuatepec. En 1984, 1990 y ahora mismo, estallidos de diverso origen y diferente magnitud han tenido lugar en ese complejo de instalaciones públicas y privadas. Se dirá que precisamente los lapsos transcurridos muestran que se han adoptado medidas que espacian los accidentes. Pero ha de evitarse la aceptación fatalista de esa "normalidad" en la que de tanto en tanto el alma y los cuerpos se sacuden.

Por eso es preciso establecer las causas del gravísimo percance, que ayer martes cobró sus primeras víctimas si es que en efecto estaba equivocado un comandante de la Cruz Roja que el lunes por la tarde hablaba ya de cuatro muertos cuyos nombres ignoraba. Algo que la sociedad no puede soportar hoy es que a la gravedad de los hechos se agregue el ocultamiento de la verdad. De allí que no se sepa si reír o indignarse ante el disimulo, ingenuo o cínico, con que el periódico *El Nacional*, del gobierno de la República pretendió soslayar el incendio.

Mientras que con razón casi todos los diarios dedicaron ayer sus principales titulares y grandes espacios gráficos a narrar la tragedia, el periódico oficial reservó a la noticia que en la víspera había sobrecogido a la población entera, un brevísimo

anuncio de dos líneas en la primera plana, en que meramente se presenta la "Conferencia de Humberto Lira Mora sobre la explosión en planta de Pemex". Conforme a la tesis Oñate, según la cual la prensa debe explicar su selección de noticias, quizá *El Nacional* aclare que su parquedad es una muda protesta contra el amarillismo (o anarjismo o rojismo) de las fotos que mostraron la voracidad de las llamas en San Juanico.

Fue peor, sin embargo, la actitud de agentes de seguridad de Pemex en la planta, que golpearon a los fotoreporteros Eloy y Rodolfo Valtierra, y Daniel de la Paz, a quienes además despojaron de rollos y equipos. Es seguro que la magnitud del desastre haya hecho perder la cabeza a los autores de este atentado, porque su torpe intento de evitar el registro gráfico del acontecimiento es directamente proporcional al descomunal tamaño del incendio, visible a largas distancias.

Hasta que se demuestre lo contrario, prosperará la creencia de que la falta de mantenimiento es causante de la tragedia. El ahorro en esa materia es un grave error. Aun pensando en términos tecnocráticos, es decir sin considerar el valor de la integridad física lastimada y las vidas perdidas, es

rentable invertir en la adecuada preservación de materiales y equipos. Allí sí que tiene razón Hacienda: es preferible pagar mantenimiento, no pagar consecuencias.

Hace doce años escribí esta profecía parcialmente fallida: "A partir de ahora, nadie podrá eludir el enfrentamiento organizado, racional, consciente, de los riesgos de la vida urbana. Contra lo que la autodenigración quiere hacernos creer, podemos hacerlo. Es verdad que contra el saneamiento de la vida en la ciudad militan poderosos intereses y que el gobierno no necesariamente está ganoso o preparado para enfrentarlos, y que algunos de esos intereses son del propio gobierno. Pero se ha manifestado una fuerza social en la que sólo pueden dejar de creer quienes ignoran las reservas de la gente común. La ayuda que materialmente llovió sobre la zona de la tragedia no es producto de una falsa conciencia caritativa y por lo tanto melcochera, sino fruto de una disposición de ánimo que el capitalismo salvaje en que vivimos no ha conseguido mudar por completo, pese a las incitaciones frecuentes a que luchemos todos contra todos".

Pese a los planes de protección civil, fue de nuevo la gente común la que tomó a su cargo la ayuda necesaria, solicitada aun por autoridades que deberían prestarla, sin perjuicio de la responsabilidad civil que a Pemex toca.

Porque si bien es cierto que el incendio no ha afectado los bienes de nadie que no sea la propia empresa petrolera, también es verdad que Pemex no puede desentenderse de quienes huyeron de sus domicilios con justificado temor, aunque no hayan resentido daño material alguno.

En 1984, también, Carlos Monsiváis registró el repertorio de chistes generados por la tragedia del 19 de noviembre. Pero no lo hizo para compartirlos y festejarlos, sino para advertir contra su sentido último. "Breves ceremonias de predominio", los llamó, "sensaciones de prepotencia que depositan el hallazgo cómico en la superioridad manifiesta de quien celebra el chiste".

Evitemos que hoy nos gane la risa.

...

CAJÓN DE SASTRE

Ya que he vuelto a 1984, descubro que establecí entonces este contraste entre Jesús Silva Herzog y Carlos Salinas: "...qué diferencia entre la madurez del secretario de Hacienda y la falta de serenidad mostrada por el de Programación. Se dirá, con razón, que las preguntas de la diputada panista María Teresa Ortuño eran provocadoras.

"Pero, precisamente, el secretario de Programación hubiera debido no caer en la provocación y menos incurrir en los excesos calificativos a que llegó. Su división entre mexicanos bien nacidos y mal nacidos es inaceptable viniendo del poder".



El periódico del gobierno pretendió disminuir la importancia de una tragedia que estaba en el corazón y la boca de todos reservándole apenas dos líneas en su primera plana, con el anuncio de la conferencia de prensa de Humberto Lira Mora, director corporativo de Pemex.